

La “Familia espiritual Carlos de Foucauld” está preparando una recopilación de las diferentes intervenciones (testimonios, entrevistas, homilías, etc.) que han acompañado las jornadas de celebración de la beatificación de Carlos de Foucauld. Os la haremos llegar tan pronto como esté lista. Como “preludio”, os enviamos el texto de la homilía del P. Claude Rault (obispo del Sahara) en la misa de acción de gracias, al día siguiente de la beatificación.

Misa de acción de gracias tras la beatificación de Carlos de Foucauld.
Roma, Abadía cisterciense de Tre Fontane, 14 de noviembre 2005

HOMILÍA

Muy queridos hermanos y hermanas,

Permitidme en primer lugar agradecer a nuestro obispo Vincent Landel haber aceptado celebrar esta misa de acción de gracias. Él preside la Conferencia de los Obispos del Magreb y representa aquí a toda la Iglesia de África del Norte. Él nos recuerda también que Marruecos no ha sido un país extranjero al caminar humano y espiritual de nuestro Bienaventurado.

La Beatificación de Carlos de Foucauld no constituye un acontecimiento en sí, como si nosotros le hubiésemos obligado a hacer un examen muy largo de su paso hacia la santidad. Lo que constituye un acontecimiento, es la vida poco común y a decir verdad algo caótica, de este hombre y los frutos que ha dado. Hubiese hecho falta más tiempo para que ellos maduren, pero ¡ahí están! Y esto es lo que reviste importancia a nuestros ojos!. Esto es lo que venimos a celebrar en el transcurso de estas jornadas.

Para dar todo su sentido al don que Dios nos hace a través de él, acabamos de leer dos textos de la Escritura. Estos textos le van muy bien. El libro de la Sabiduría (Sa.11, 23-12,2) nos recuerda el amor de Dios por todas las personas, por encima de sus caminos, y los de Carlos de Foucauld no se nos han escondido. El Evangelio de Juan (Jn. 15, 9-17) nos pone ante los ojos el amor loco con el que Jesús nos ha amado y al cual nos invita. Este amor ardió en el corazón de Carlos.

¿Qué deciros del bienaventurado? Tantas cosas se han dicho y subrayado ya... escritos, dichos, revelaciones... ¿Qué podría yo añadir más?

Me detendré primero en su conversión, esta irrupción de Dios en su vida. Un Dios que él había olvidado poco a poco, desde su adolescencia, dejándolo de lado tal vez sin darse cuenta.

Y he aquí que al filo de su existencia de alumno perezoso, de oficial poco afanoso, de amante de recepciones refinadas, al hilo de su despertar tardío de patriota, luego de explorador audaz, he aquí que poco a poco, se despertó en él la sed de una vida distinta, de una vida que tuviese sentido, hacia lo Alto.

El sentimiento de un gran vacío había terminado por perseguirle: *“Hacia el mal, pero yo ni lo aprobaba ni lo amaba. Vos me hacíais sentir un vacío doloroso, una tristeza que nunca antes había sentido, ella me volvía cada noche, cuando me encontraba solo en mi apartamento”*, escribe él en una de sus meditaciones. Pero Dios no abandona a los suyos: *“Tú tienes piedad de todos porque tú lo puedes todo. Tú cierras los ojos ante los*

pecados de los hombres para que ellos se arrepientan”, hemos escuchado en el Libro de la Sabiduría. Dios es paciente. Él espera su hora.

Y es gracias al testimonio de la vida de los musulmanes que va a comenzar este despertar: *“El Islán produjo en mí una impresión profunda. La visión de esta fe, de estos hombres viviendo continuamente en la presencia de Dios, me hizo entrever algo mucho más grande y más verdadero que las ocupaciones mundanas”*. Esta experiencia de una existencia vivida al lado de los hombres del Islán va a provocarle, va a llevarle a encontrar la fe de su infancia. Tiene 28 años.

El encuentro con su Dios se pasó en el secreto del confesionario, sin ruido, en un murmullo, un reconocimiento finalmente confesado, un compromiso de por vida, el deseo de vivir solamente para este Dios aún por descubrir. Pero él ha sido seducido.

Y esta seducción tomará forma de una herida de amor. Un amor que hay que afinar continuamente, una búsqueda incesante y ardiente que apenas le dejará ya. Le vemos marchar hacia un largo viaje interior que va a llevarle hasta el final de él mismo. ¡Qué amplio desierto es el corazón humano!

La primera llamada oída, empieza un largo caminar, una larga vida tras este Dios. En primer lugar en la vida monástica. Pero esto no es suficiente.

Y he aquí que el Dios que él busca va a tomar rostro humano en este Jesús de Nazaret cuyo país él visita, allá en Galilea. Jesús de Nazaret. Este es el descubrimiento de un Dios pobre, desprovisto, humilde, siempre en ese lugar imposible de arrebatarle: el último. El Dios de las Alturas hay que buscarlo en lo Más Bajo.

Este nomadismo espiritual va a llevarle a los confines del Sahara. Tiene entonces 43 años. No va allí por el amor romántico de este desierto, sino por el amor del más alejado.

Y este amor va a ampliarse aún más. Este Jesús encontrado, contemplado, buscado en las largas meditaciones de Nazaret, él va a encontrarlo de manera más concreta y menos romántica en Béni Abbès y en el Hoggar, en los pequeños y en los excluidos, en aquellos que no tienen su sitio en la sociedad humana. Lo va a encontrar en aquellos que no comparten ni su universo religioso ni su cultura.

Y él va a consagrarles su tiempo, su energía. No de manera condescendiente, sino encarnándose lo mejor posible, con esta herida continua y lancinante al no poder unirles en este último lugar, siempre ocupado por su “Bienamado Señor Jesús”.

Viviendo en el seno de una población que no comparte su fe, a él le gustaría comunicarles la suya. Él que estaba animado por el fuego del Evangelio, va a callarse, en este respeto infinito del otro y descubrir que él está llamado a gritar el Evangelio con toda su vida: esta es sin duda alguna la herencia más bella que él haya podido dejarnos. Él se contentará de hablar al Bienamado en la Eucaristía, celebrada y contemplada a través del Evangelio meditado continuamente.

Él que soñaba con dar su vida por los otros, es de ellos de quienes va a recibirla en el momento en que se ve afectado por el escorbuto, a punto de morir. Son los pobres los que le dan dado la suya.

Siempre en Nazaret. Él va a empujar más lejos esta encarnación poniéndose a la escuela, la cultura y la lengua del otro puesto que él es extranjero, es él quien tiene que dar los pasos, empezando por los primeros balbuceos del niño. En el transcurso de las largas horas de trabajo y de ahínco, se pone a aprender la lengua, anota más de 6000 versos de poesía, compone un diccionario de 4 volúmenes.

Su vida va a estar así, compartida entre la acogida, la adoración, y el estudio, hasta el día de ese primero de diciembre de 1916, en el que será asesinado a la entrada de su bordj en Tamanrasset.

¿Vamos a quedarnos ahora contemplando la vida de este hombre, como si él hubiese obtenido finalmente un diploma de perfección?

¡Pero nosotros sabemos que él no ha pasado con éxito todos los desafíos que se propuso durante toda su vida! Sería una pena confundirse en este punto: solamente hay perfección en Dios. Dios solo es Santo. Dios solo es El Perfecto. ¡Su existencia estará continuamente dividida entre el sufrimiento de estar tan lejos de este Dios que sin embargo está tan cercano!

Él que soñó con una vida de fraternidad con compañeros se revela inepto para la vida comunitaria.

Él que ha meditado tanto sobre la fraternidad universal tuvo palabras sobre los protagonistas adversarios de la primera guerra mundial que nosotros no podemos admitir.

Tan cercano como él estuvo de las poblaciones del Sur Sahariano, él no habría podido imaginar su desarrollo fuera del colonialismo, aunque tuviese un rostro humano. Su sangre guerrera se despertaba a veces ante los conflictos engendrados por poblaciones rebeldes.

Él soñaba con el martirio, y se dejó encerrar en su bordj con armas cuya posesión él había prohibido a sus eventuales compañeros de Fraternidad. ¡Y tal vez eso fue lo que provocó su muerte!

¡Y nosotros podríamos fácilmente erigirnos en abogados del diablo sobre muchas otras sombras de su existencia! Pero creo que eso ya se ha hecho...

¡Tal vez penséis que estoy manchando la figura de un hombre cuyos perfiles hace un momento he hecho en términos más bien elogiosos!

No, nunca tenemos que olvidar que Carlos era un hombre, hecho del mismo barro que nosotros, animado por las mismas turbulencias interiores, las mismas contradicciones, los mismos errores.

¿Y si esto nos hablase más sobre la santidad?

¿Y si esto nos dijese más sobre el amor tal cual Jesús nos lo propone? “Como el Padre me amó, así yo también os amo”... “Este es mi mandamiento: amaros los unos a los otros como yo os he amado”.

¡Ah, si no hubiese este “como” que nos hace para siempre imposible de amar como Jesús amó!

Esta es, creo yo, la gran herida de Carlos, y que es también la nuestra, la de cada uno de nosotros: la de un deseo de amar que no puede alcanzar su plenitud.

Pero bienaventurada llaga del amor herido, pues ella puede ser un estímulo para avanzar más.

Carlos de Foucauld nos deja una herencia que hay que hacer fructificar, desafíos que tomar. Él nos deja una obra inacabada. ¿Vamos nosotros a encerrarla en un museo

religioso o arremangarnos los brazos para seguir en el surco trazado? Los grandes desafíos evangélicos siguen estando abiertos delante de nosotros:

Desafío de la mansedumbre y de la no-violencia evangélica.

Desafío del amor fraterno que hay que vivir en el seno de una comunidad.

Desafío de una fraternidad vivida a escala planetaria, por encima de toda manifestación de odio étnico y de revancha, por encima de todo sentimiento de superioridad nacional o cultural.

Que hayamos querido o no la beatificación de Carlos de Foucauld, estamos atrapados en la trampa de su propio mensaje y de su obra inacabada.

No se trata pues de colocar nuestro beato en los altares, de llevar su medalla al cuello, de honrar sus reliquias, sino de ponernos a su escuela, es decir a la escuela de Jesús, su Bienamado Maestro Jesús. Si queremos caminar tras los pasos de Carlos, no hay otro camino que el que pasa por Jesús de Nazaret, Aquél que tomó el último lugar.

+ Claude Rault.
Obispo de Laghouat-Ghardaia (Argelia)